

<b>HOMILIA AL IV CONGRESO DE LA UNION MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS</b> <b>Peter Hans Kolvenbach, S.J.</b>	<b>Loyola - Bilbao, 1991</b>
--	------------------------------

Estoy muy agradecido por la oportunidad que tengo de daros la bienvenida en Loyola y de celebrar la Eucaristía en la casa donde el Señor llamó a Ignacio y en la que Ignacio tuvo un encuentro con su Señor, y donde la educación ignaciana obtuvo sus comienzos y subsiguientemente se convirtió en una de las dimensiones de nuestras vidas.

Hace poco más de 450 años, un estudiante de la Universidad de París presentó un reto a su compañero de habitación, "Francisco", le preguntó, "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si con ello pierde su alma inmortal?" Ignacio de Loyola invitaba a Xavier, caballero dotado de muchas virtudes humanas, a la consideración del significado de su vida. Entonces, como ahora, era fácil sumergirse por completo en la vida universitaria detalles de las materias y ensayos que era preciso escribir, seminarios y exámenes, y también estar tan absorbido en el tumulto de la propia vida social, que la pregunta sobre la verdadera finalidad y el resultado de la educación podía quedar sin formularse y por lo tanto no obtener respuesta. Y uno podía estar flotando sin propósito para acabar descubriendo, años más tarde, que su vida y sus opciones carecían de dirección.

Fiel a la inspiración de nuestro fundador, Ignacio de Loyola, la educación jesuita insiste en el lugar céntrico del crecimiento de cada uno. Pues éste es el campo de acción de la vida humana. Mucho tiempo después de haber olvidado largas fórmulas y hechos aprendidos de memoria, son los valores, prioridades y compromisos fundamentales los que en realidad guían nuestro camino a nivel de corazón y mente, y constituyen la gran diferencia que aportan a la vida la felicidad y la falta de esperanza. La persona que reflexiona se da cuenta de lo cruciales que pueden ser las preguntas sobre significado para la calidad de la vida de cada uno, su dirección, compromisos, e integridad.

Ignacio, hacia el término de los ejercicios espirituales, propone una finalidad que puede dar sentido a nuestras vidas; se condensa en el lema de este año Ignaciano- "Amar y servir en todas las cosas a la Divina Majestad". Esta finalidad constituye un reto si se medita sobre ella.

-"Amar en todas las cosas..." No se trata de sentimentalismo. Pues todo amor debe hacer salir a uno de sí mismo, y con frecuencia incitarle al sacrificio. No estás enamorado si tus horizontes son estrechos, si tu abrazo no va más

allá de los tuyos, de los de tu color, tu país. No amas si no estás dispuesto a sacrificararte, si te agarras, en actitud defensiva, a todo lo que obtuviste durante tus años de educación en una escuela, colegio o universidad jesuita, sí construyes una cerca alrededor de tus talentos, de tus posesiones, de aquellos a quienes quieres. No estás enamorado si encarcelas al Espíritu de amor. El verdadero amante va siempre hacía los demás. Y sabemos que la única manera de enriquecer realmente tu vida como persona, como cristiano, es ofrecerla para servir.

El Padre Arrupe, mi predecesor, dijo con claridad: "Nuestro objetivo primordial en la educación debe ser formar hombres y mujeres para los demás; gente que no puede concebir un amor a Dios si no incluye el amor a su prójimo". La Compañía de Jesús ha buscado siempre imbuir en sus estudiantes valores que trasciendan el fin de obtener dinero, fama y éxito. Queremos formar graduados que sean líderes, preocupados por la sociedad y por el mundo en el que viven, deseosos de eliminar el hambre y el conflicto del mundo, que sientan la necesidad de una distribución más equitativa de los tesoros de Dios, y busquen acabar con toda discriminación sexual y social, con ansias de compartir su fe y amor a Cristo con los demás: en pocas palabras, queremos que nuestros graduados sean líderes-en-servicio. Esta ha sido la finalidad de la educación jesuita desde el siglo dieciséis. La actualidad no lo ha cambiado.

Y al inaugurar este Cuarto Congreso de la Unión Mundial con la celebración de la Eucaristía expresamos, más con nuestras acciones que con palabras, que en este encuentro, el misterio del amor de Dios yace en la raíz de nuestros deseos y proyectos.

Generosidad para compartir los dones que nos ha dado Dios es la clave de la segunda parte del desafío de Ignacio de Loyola:

-"servir... en todas las cosas". Esta invitación de Ignacio a servir en todas las cosas se convierte en un imperativo existencias cuando lo comprendemos en la celebración de la Eucaristía. No se trata de una ideología izquierdista; es el mismo San Pablo quien recuerda a los cristianos de Corinto, es decir, que el pan y el vino que traen en la mesa del Señor son un símbolo no sólo del fruto de la tierra y del trabajo del hombre, sino también de la angustia que persiste en las situaciones humanas, ya que la comida y bebida que se usan en la

**HOMILIA AL IV CONGRESO DE LA UNION MUNDIAL DE AA. AA. DE JESUITAS**  
**Peter Hans Kolvenbach, S.J.**  
**Loyola - Bilbao, 1991**

Eucaristía del Señor, y destinadas por sí mismas a alimentar a todo el mundo, subrayan de manera cruel el hecho de que tantos están a punto de morir de hambre.

La Eucaristía que celebramos aquí y en este momento nos recuerda la Cena del Señor que se entregó a sí mismo hasta el fin. Nos recuerda también la Eucaristía de la primera comunidad de Jerusalén, donde la Comunión de todos con el Señor Resucitado exigía donaciones materiales, participación de bienes, de tal manera que nadie quedaba sin nada. Si esto último no ocurriera sería como si se quebrantara la comunión, y la Eucaristía se convirtiera en una mentira.

Así, pues, cuando venimos a compartir la Eucaristía, no podemos menos de preguntarnos a nosotros mismos cuál es nuestro servicio al Señor y a todos sus hermanos y hermanas, de acuerdo con la expresión de Ignacio. La participación en este banquete de amor lleva consigo que, por lo menos, no impidamos que los demás obtengan el alimento y bebida que les son indispensables. Aún más, con el Espíritu de amor de Cristo, nuestra Eucaristía exige que nos comprometamos, de forma humana y cristiana, a hacer lo que sea necesario y posible para que el fruto de la tierra y del trabajo del hombre sea compartido con justicia y equidad. Si esto faltara, tomar pan y vino para ofrecérselo al Señor resultaría un acto intolerable, pues daríamos algo a Dios que quitamos a hermanos y hermanas del Hijo de Dios, que ofrece su cuerpo y su sangre por ellos.

Pero a fin de urgir el servicio en todo, Ignacio ensancha el horizonte de nuestro compromiso para que incluya la humanidad por entero cuerpo y espíritu; sin embargo, de ninguna manera sugiere que la acción política o social deba reemplazar aquella comida que es después de todo la Cena del Señor. Con todo, también es verdad que nuestra participación en la Eucaristía nos pone al servicio de todos a fin de transformar las condiciones inhumanas del mundo.

Amar y servir en todas las cosas. La celebración de la Eucaristía, en la casa de la conversión del corazón de Ignacio, nos llama a ser discípulos de un Dios que se entrega a **sí** mismo como alimento nuestro. Junto a Ignacio, somos llamados a comprender que es poco posible que podamos dar a los demás su alimento diario y el Pan de Vida si no nos entregamos a nosotros mismos como El, cuerpo y alma, si nuestra entrega no es total.